

Estrategias psicopedagógicas de utilidad en Atención Temprana

Francisco Alberto García Sánchez

Prof. Catedrático de Universidad

Versión: Enero 2020

Grupo de Investigación:

Universidad de Murcia



Introducción

Los avances acumulados en psicología del desarrollo, psicología del aprendizaje, análisis y modificación de conducta y, sobre todo, en pedagogía, nos permiten tener claras un conjunto variado de estrategias psicopedagógicas que, adecuadamente utilizadas, son de suma utilidad para propiciar el desarrollo del niño. Nos ayudarán a alcanzar los objetivos evolutivos que nos podamos plantear con el niño, tanto si seguimos trabajando desde un paradigma de intervención ambulatoria como si ya hemos asumido un paradigma de intervención centrada en la familia. En el primer caso, la selección y aplicación de estas estrategias estará en manos del propio profesional y en su interacción directa con el niño. En el segundo caso, el conocimiento de estas estrategias estará entre los recursos de calidad técnica del profesional, que utilizará para facilitar información a los cuidadores principales y ayudarles en sus reflexiones para elegir sus propias estrategias. El profesional, con su conocimiento y calidad técnica, ayudará a la familia a ajustar las estrategias que hayan elegido utilizar.

Obviamente, estas estrategias no son una ciencia exacta. Habrán de adaptarse a las condiciones del entorno del niño, a sus características temperamentales y a sus capacidades, fortalezas y competencias. Igualmente, son estrategias que, en una intervención centrada en la familia, deberán ser implementadas por los cuidadores principales del niño. Por lo tanto, también habrán de ser ajustadas a sus características y competencias.

Con todo, adecuadamente utilizadas son recursos potentes, que ayudan al profesional y al cuidador principal a favorecer el desarrollo del niño.

Estrategias psicopedagógicas de utilidad general

Refuerzo social:

Los niños pequeños responden intensamente a refuerzos de tipo social, como caricias, carantoñas, halagos verbales, aplausos, etc. Por supuesto, el grado de respuesta del niño a un tipo de refuerzo social u otro dependerá del niño y de sus características. En cualquier caso, siempre que trabajamos con niño utilizamos el refuerzo social. Un refuerzo que, además, podrá ser inmediato y contingente a la conducta del niño.

Como profesionales, evitaremos reforzar al niño mediante chucherías o alimentos, así como premios físicos. Por un lado, no es necesario, ya que disponemos de los refuerzos sociales. Por otro lado, utilizar esos elementos como refuerzo puede repercutir negativamente desequilibrando la dieta del niño. Con todo, es cierto que, en casos especialmente complicados, con grados de discapacidad muy graves, puede que los centros de interés estén muy reducidos y no quede más remedio que recurrir a refuerzos muy primarios.

Por supuesto, los padres podrán recurrir a estos otros tipos de refuerzos, si lo estiman oportuno. Aún así, nuestro deber profesional, será orientarles sobre las posibles consecuencias negativas de unos refuerzos y otros.

Cuando los niños son más mayores, cabe pactar con ellos otros refuerzos o recompensas, como hojas de registro donde puedan pegar una estrella cada vez que consigan el objetivo planteado.

Reforzar confianza y capacidades:

Se trata de reforzar al niño cuando consigue el objetivo y lo hace bien. Premiarlo, al menos con refuerzo social. Hacerle sentirse bien por las cosas que hace.

Con todo, el verdadero refuerzo lo recibe el niño cuando consigue lo que él realmente se había propuesto. De ahí la importancia de hacer la intervención en el entorno natural, a través de los cuidadores principales que estén en ese entorno y aprovechando las oportunidades de aprendizaje incidental y contextualizado que en el entorno se producen. En esos casos la conducta del niño es realmente propositiva e intencional, por lo que, si le facilitamos conseguir lo que desea el refuerzo de haber alcanzado su meta, con su esfuerzo y su propia planificación, conseguirá generar más cambios y más efectivos y duraderos en su sistema nervioso.

Motivar por el resultado final:

A la hora de plantear conductas o acciones al niño debemos buscar que éstas estén contextualmente ajustadas y tengan sentido. Esto nos permitirá aprovechar la potencia de la motivación del resultado final, que tiene sentido y es aprovechado

en la siguiente rutina. Por ejemplo, trabajaremos la mejora de la autonomía del niño a la hora de subirse o bajarse los pantalones, o ponerse los calcetines y los zapatos, cuando toque acostarse, levantarse o cambiarse de ropa para salir de paseo. El lavado de las manos cuando haya que comer o cuando éstas se hayan ensuciado y necesiten ser limpiadas para hacer otra cosa.

De nuevo aquí vemos la importancia de abandonar la intervención ambulatoria y trabajar en el entorno natural y a través de los cuidadores principales del niño. En ese entorno natural es donde se dan, de forma espontánea y reiteradas veces a lo largo del día, las oportunidades de aprendizaje contextualizado que contribuyen al verdadero aprendizaje significativo en el niño.

Modelado:

Consiste en servir de ejemplo al niño, hacer nosotros las conductas que queremos conseguir, para que el niño nos imite. Se trata de aprovechar las posibilidades del aprendizaje por observación o imitación. Un aprendizaje que requiere tener en cuenta una serie de elementos o prerrequisitos, que deben darse en el niño y en la situación de aprendizaje:

- **Atención:** el niño debe estar atento a la conducta que desarrollamos para que pueda aprender al observarla e imitarla. Debe prestar atención al modelo para que la estrategia resulte útil. En este sentido, como siempre ocurre en el aprendizaje infantil, los mejores modelos para el niño son sus cuidadores principales y los miembros de su familia con los que tiene un vínculo afectivo.
- **Retención:** Aunque el modelado puede ser una estrategia muy útil para aprendizajes muy básicos y sencillos, es cierto que, para conseguir su máxima eficacia y que nos sea útil para aprendizajes más elaborados, es necesario que el niño o la persona que aprende sea capaz de representar la conducta en su mente, a través de imágenes o verbalmente. La posibilidad de repasar cognitivamente la conducta observada, una vez que el modelo ya no está presente, es clave para que el aprendizaje se retenga. Esta característica intrínseca al modelado debemos tenerla en cuenta especialmente cuando utilizamos la estrategia para favorecer el aprendizaje en el adulto, cuidador principal del niño, en el caso de una intervención centrada en la familia.

Por otro lado, para que la retención del aprendizaje por observación sea exitosa, también debemos tener en cuenta la importancia de que el aprendizaje que pretendemos sea significativo para el niño o para la persona.

- **Reproducción motora:** debemos favorecer y posibilitar que el niño, una vez observada la conducta en el modelo, tenga la posibilidad de ejecutarla, aunque sea con ayuda (lo que implicaría, por ejemplo, la utilización simultánea de una estrategia de moldeado). Al ejecutar el niño la conducta

modelada (o el adulto), tendremos la posibilidad de reforzarla o efectuar ajustes correctivos que permitan su mejora.

- Motivación: la motivación es clave para todo aprendizaje, también para aquel que queremos facilitar con el modelado. Por tanto, en el caso del niño, debemos favorecer el aprendizaje de conductas aprovechando sus centros de interés. En el caso de los adultos, cuando trabajamos desde un paradigma de intervención centrada en la familia, estaremos trabajando en base a sus preocupaciones, intereses y prioridades.

Si la capacidad de imitación del niño es pobre o su conducta aún limitada, podremos utilizar el modelado para enseñar, paso a paso, cada componente de la acción. Podremos utilizar, conjuntamente con el modelado, otras estrategias, como la de aproximaciones sucesivas o la imitación de doble sentido, y acompañaremos siempre cada pequeño avance del niño con una estrategia de refuerzo, fundamentalmente refuerzo social

En la intervención realizada desde el paradigma de prácticas centradas en la familia, el modelado también será una herramienta de utilidad en nuestro trabajo con los adultos. Pero, en este caso, siempre se utilizará después de haber invitado al adulto a una reflexión previa y de dar al adulto toda la información correspondiente. Trabajando con los adultos lo que nos interesa es conseguir que se sientan y sean competentes. Por eso no empezaremos utilizando el modelado, sino invitándoles a la reflexión y a la búsqueda de sus propias estrategias para ayudar al niño. Solo cuando los padres no encuentren sus propias estrategias y tras preguntarles si quieren que les mostremos alguna opción, les explicaremos una posible estrategia y les ofreceremos hacer nosotros de modelo, a la vez que vamos explicándoles todos los pasos que implique esa estrategia.

Moldeado:

Cuando una conducta aún no está presente, ni iniciada, es imposible poder reforzarla y mejorarla. En esos casos, el moldeado es una estrategia que nos puede ayudar a hacer aparecer esa conducta aún no presente. Para ello, buscamos moldear, ir construyendo poco a poco, la nueva conducta. Por ejemplo, reforzando, por aproximaciones sucesivas, conductas que puedan ir acercándonos a la que deseamos. Conforme la conducta del niño se va acercando a la que queremos conseguir iremos retirando el refuerzo de esas conductas que hemos considerado aproximaciones a nuestra meta.

A la hora de moldear una conducta no existente, podemos también dar un apoyo físico, incluso una ayuda física total, para que la conducta aparezca por primera vez. Por ejemplo, llevarle la mano al niño para que coja la pieza y la ponga sobre otra, para hacer una torre; o extender el dedo de su mano, para que señale el objeto deseado. Igualmente, iremos retirando ese apoyo físico conforme la conducta deseada vaya imponiéndose.

En el bebé, tenemos un ejemplo claro de moldeamiento natural con la adquisición del lenguaje, que aprovecha las interacciones transaccionales naturales que se

producen entre el niño y sus padres. El bebé balbucea, emite sonidos sin sentido, que normalmente generan respuestas intensas en sus padres y aumentan las interacciones con el bebé. Estas respuestas de los padres, a su vez, refuerzan el balbuceo del niño. Cuando el niño empieza a desarrollar fonemas, los padres, inconscientemente, pasan a reforzar de forma especial algunos de ellos, como suele ser “pa” o “ma”. Al ser menos reforzados más estos sonidos que el resto de ellos, serán estos los que más repetirá el niño.

Aproximaciones sucesivas:

Se trata de reforzar conductas que se acercan o aproximan al objetivo que nos hemos planteado, aunque no sea la conducta final que buscamos. Conductas que nos van conduciendo al objetivo final. Por ejemplo, realizar gestos, una mirada, un sonido... como paso previo a conseguir una primera palabra con sentido.

Es una estrategia de utilidad para conseguir conductas en el niño que ahora mismo no existen. Servirá, por tanto, para moldear una conducta aún no presente.

Vivenciado:

Hacer experimentar al niño lo que queremos que aprenda. Útil para conceptos espaciales. Por ejemplo, si la intervención se realiza en sala, podemos subir y bajar al niño de un pequeño taburete para que vivencie el concepto de arriba y abajo; meter y sacar al niño de una caja de cartón grande o de un aro en el suelo, para vivenciar los conceptos de dentro y fuera. Si trabajamos en el entorno natural, las oportunidades de vivenciado siempre serán mucho más motivantes y significativas para el niño. Por ejemplo, arriba y abajo del tobogán o de la escalera; dentro y fuera de la casita de niños que hay en el parque, o del coche de la familia cuando salimos para un desplazamiento.

En un segundo paso, trabajaremos esos conceptos espaciales con objetos. Un ejemplo clásico sería el meter y sacar canicas de un recipiente. De nuevo, en el entorno natural podemos encontrar oportunidades de aprendizaje mucho más motivantes, significativas y ricas para el niño. Por ejemplo, meter o sacar la ropa de la lavadora o la compra de la cesta, a la vez que la clasificamos por color o tamaño.

Secuenciación de objetivos:

Se utiliza con objetivos que son complejos y que, por ello, sabemos que el niño no está en condiciones de conseguir directamente en un primer intento. En estos casos, dividiremos la conducta compleja (por ejemplo, lavarse las manos), en pasos más sencillos (abrir el grifo, mojarse las manos, coger jabón, frotar las manos, aclararlas...). Dividimos el objetivo complejo en objetivos más sencillos o a más corto plazo, los cuales iremos planteándonos conseguir poco a poco. Lo ideal es combinar esta estrategia con la de encadenamiento hacia atrás. Por supuesto,

también utilizaremos el resto de estrategias que estamos analizando: refuerzo, modelado, etc.

Encadenamiento hacia atrás:

Cuando hemos secuenciado un objetivo complejo, empezamos por plantearnos los objetivos a corto plazo identificados de atrás hacia delante. Ayudamos al niño en toda la secuencia de objetivos, por ejemplo, moldeando su conducta con apoyo físico, y le dejamos realizar solo, de forma autónoma, el último objetivo de la secuencia planteada para la actividad. Conseguido ese objetivo, nos plantearemos que el niño realice de forma autónoma los dos últimos pasos y, así, iremos avanzando en la secuencia de objetivos. Para el resto de los objetivos damos al niño toda la ayuda que necesite para que los realice sin error (aprendizaje sin error).

Aprendizaje sin error:

Se utiliza siempre para que el niño no se frustre ni abandone la actividad. Es una estrategia especialmente interesante en niños con discapacidad intelectual, ya que pueden presentar la tendencia a abandonar la tarea que no les ha salido bien.

Planteamos actividades que sabemos que el niño es capaz de realizar, para que pueda acabarla sin errores, o le damos toda la ayuda necesaria para que pueda acabarla con éxito. Se trata de no darle la oportunidad de equivocarse.

Cuando afiancemos la conducta iremos complicando algo más el aprendizaje, ajustándole nuevos retos proximales, pero siempre intentando que llegue al objetivo sin errores. También iremos retirándole la ayuda que le estamos dando, de manera que aumente la participación autónoma del niño y disminuya la ayuda que recibe del adulto.

Imitación de doble sentido:

El adulto, en un momento determinado, imita alguna conducta del niño. Con esto se capta la atención del niño, favoreciendo un momento de atención compartida o atención conjunta. A partir de ahí podremos llevar a cabo un modelo correcto, facilitando la imitación del niño hacia el adulto.

Estructuración del entorno:

A nivel conductual, el niño se ve beneficiado de una estructuración y planificación de rutinas fijas, fácilmente predecibles por el niño. Esto permite una conducta anticipatoria por parte del propio niño: sabe lo que viene a continuación. Con ello mejora la atención, en cada una de las rutinas, y la comprensión de su entorno.

Además de estos beneficios conductuales, el mantenimiento de unas rutinas en el niño, sobre todo en los momentos de alimentación y sueño, facilita la regulación de los diferentes ritmos circadianos del organismo.

Estrategias psicopedagógicas de utilidad transversal

Nos referimos aquí a estrategias que se combinarán o se utilizarán conjuntamente con las estrategias generales ya descritas y con las estrategias más específicas, que comentaremos a continuación, para mejorar conductas o potenciar el lenguaje.

Entre estas estrategias de utilidad transversal podemos mencionar:

Trabajar con Centros de interés:

Se refiere a identificar las cosas, juguetes, personas, situaciones, especialmente relevantes y motivantes para el niño. Aquello que le llama la atención, que le gusta especialmente. Los centros de interés son los que motivan al niño. Por ello, pueden ser utilizados como reforzadores y, de entrada, siempre interesarán al niño para plantearle tareas nuevas o nuevos retos de aprendizaje en las conductas que realiza con esos objetos.

Nos interesa conocer los centros de interés del niño y utilizarlos en cualquiera de las estrategias que ideemos. Los utilizaremos siempre en las estrategias de intervención que planteemos.

Para la identificación de los centros de interés del niño será fundamental, siempre, contar con los padres. Son ellos los que mejor conocen a su hijo y aquello que al pequeño le interesa, le motiva y le gusta.

Retos ajustados:

Se utiliza siempre, en conjunción con el resto de estrategias.

Partimos de haber analizado y saber dónde está el niño, sus fortalezas, que es capaz de hacer solo y con ayuda, con quién y cómo se comunica e interactúa. También necesitamos saber, desde la psicología del desarrollo, que viene más adelante, cuál es la siguiente adquisición evolutiva en cada uno de esos aspectos.

A la hora de plantearnos objetivos con el niño, nos ajustamos a lo que el niño es capaz de hacer y le retamos a hacer algo que supone un poco más de lo que el niño ya hace. Facilitamos así avanzar por las zonas de desarrollo próximas.

Atención conjunta o atención compartida:

La atención conjunta o compartida es la capacidad que tenemos los seres humanos de compartir la atención con el otro sobre un objeto, suceso o actividad que estemos realizando. Implica ser capaz de atender a lo que el otro nos demanda y, a

la vez, ser capaz de demandar la atención del otro hacia lo que a nosotros nos interesa.

Muchas veces encontramos problemas en estas habilidades de atención conjunta en niños con discapacidad. Por ello, los cuidadores principales del niño deben facilitarla y potenciarla en sus interacciones con el pequeño.

Normalmente se conseguirá llamando al niño por su nombre, a la vez que nos ponemos a su nivel y buscamos su mirada, incluso volviéndole la cara si es necesario. Cuando tengamos esa mirada será cuando demos al niño la información o petición que queramos transmitirle.

En el desarrollo de todas las estrategias psicopedagógicas que implementemos debemos asegurarnos la atención del niño. De lo contrario, la ayuda que le prestemos será inútil.

Estrategias psicopedagógicas en relación con la conducta infantil

Pautas de control atencional:

Se trata de pautas a tener en cuenta para favorecer que el niño mantenga la atención en lo que estamos trabajando. Imprescindibles para trabajar con niños con problemas atencionales. Entre ellas podemos mencionar:

- Trabajar sin distractores o reducirlos en el campo de trabajo. Si trabajamos en mesa, evitar que en ella estén disponibles otros elementos más allá de lo que vamos a utilizar. Tener en cuenta los distractores del entorno, para evitarlos en la medida de lo posible. Por ejemplo, evitaríamos sentarnos delante de una ventana, con estímulos que puedan distraer al niño; frente a una pared llena de posters de colores; tener la tele encendida y con un volumen que el niño pueda oír, etc.
- Empezar siempre por tareas de muy corta duración, para asegurar el poder acabarla y que el niño consiga alcanzar el éxito y el refuerzo correspondiente.
- Utilizar tareas en las que podamos controlar su duración. Por ejemplo, un cuento, una canción, juegos de memoria, etc., los cuales podemos alargar, cuando nos interese, introduciendo nuevos personajes o situaciones. Para su uso, consolidaremos la norma de que la tarea siempre hay que terminarla para llegar al refuerzo.
- Modelo del adulto. Es sumamente importante que el adulto nunca preste atención al niño cuando este se distrae y abandona la tarea. Reñirle por ello ya sería prestarle nuestra atención y reforzarle indirectamente la conducta de desatención que no queremos. La estrategia del adulto debe ser ignorar la conducta del niño, seguir en la tarea y llamarle la atención sobre algún detalle de ella, para que vuelva a atender a lo que estamos haciendo.

- Como estrategia para mantener la atención del niño en la tarea podemos ir introduciendo pequeñas instrucciones o pautas muy concretas, que contribuyan a mantener centrado al niño en la tarea: “aquí”, “más”...

Anticipación de la conducta:

Implica dos cosas:

- Conocer la conducta del niño y anticiparnos a ella para evitar que la conducta no deseada suceda.
- Adelantarnos a lo que va a suceder para dar información al niño. Ejemplos:
 - a) ¿Vamos a ver a mamá? Vamos a llamarla... ¿Mamá?;
 - b) Y ahora nos vamos al cole. Necesitamos la mochila, ¿dónde está la mochila? (incluso con apoyo gestual).

Estrategias psicopedagógicas para favorecer la comunicación y el lenguaje

Dada la importancia de la comunicación y el lenguaje en la interacción entre humanos, realizamos un apartado especial para estrategias relacionadas con estas funciones. Aprovechamos aquí y adaptamos documentos disponibles en abierto en internet, como las propuestas realizadas por el grupo AFALAR (2015). *Consejos: Métodos indirectos para facilitar y mejorar el lenguaje del niño* (disponible en <https://afalar.com/metodos-indirectos-para-facilitar-y-mejorar-el-lenguaje-del-nino/>); o el trabajo de Begoña Pizá Vich (2013). Orientaciones per a reforçar afrenentatge de vocabulari a través de rutines diàries (disponible en <https://mardecosescat.wordpress.com/2013/11/24/estimular-vocabulari-a-traves-de-rutines/>).

Facilitar la comprensión:

Facilitaremos la comprensión utilizando un lenguaje sencillo, con frases cortas y sencillas: “Ponte la chaqueta. Hace frío fuera”. Evitar el uso de frases largas, complejas o ambiguas: “Hace un frío que pela”.

Siempre que nos dirijamos al niño utilizaremos enunciados correctos, hablaremos de forma lenta, con una buena pronunciación, exagerando quizá un poco la entonación.

Cuando el niño presente discapacidad, siempre es interesante que nuestro lenguaje verbal venga acompañado de un apoyo gestual.

También hemos de tener en cuenta el facilitar la comprensión, utilizando un lenguaje sencillo, sin tecnicismos y ajustado al nivel de los padres, cuando nos dirijamos a ellos.

Otra forma de facilitar y aumentar la comprensión del lenguaje en el niño es señalar aquello que llame la atención del niño y ayudarlo a asociar ese objeto, persona o acción con la palabra correspondiente.

Apoyos gestuales y visuales:

Facilitar la comunicación mediante apoyos gestuales y visuales. Es muy importante para los niños con discapacidad que están aprendiendo a utilizar el lenguaje. Se pueden utilizar para todos los niños, pero en especial aquellos que presentan alguna discapacidad.

Estos apoyos pueden ir desde el mero señalar lo que le estamos pidiendo al niño, hasta utilizar signos o pictogramas y ambientes estructurados. En casos necesarios, los sistematizaremos en sistemas aumentativos de comunicación.

Aprovechamientos de rutinas diarias:

Entendemos por rutinas esos momentos del día que se repiten la mayoría de los días, en condiciones más o menos similares: el momento de levantarse y acostarse, el baño, las diferentes comidas y cualquier otro momento que reúna esos requisitos en la dinámica familiar, como puede ser ir al parque o visitar a los abuelos, si se hace con esa frecuencia casi diaria.

Estos momentos de rutinas diarias reúnen las condiciones de repetirse con cierta frecuencia y con una dinámica similar. Ello facilita que también las interlocuciones verbales entre los padres y el niño puedan ser similares. Y esa repetición frecuente es una característica que contribuirá, de forma decisiva, al aprendizaje del niño. De ahí que queramos aprovecharla para el desarrollo del lenguaje y otros aprendizajes, donde la repetición siempre es una clave esencial y determinante.

Aprovechar oportunidades de aprendizaje contextualizadas:

La mejor forma de que el niño aprenda vocabulario es que oiga y utilice, repetidamente, las palabras correctas, usadas adecuadamente en el contexto pertinente. Si queremos introducir la palabra “pelota” el mejor momento será cuando el niño esté jugando con la pelota, donde podremos interaccionar con él utilizando profusamente la palabra en órdenes, demandas, halagos, etc.: “dame la pelota”, “toma la pelota”, “tira la pelota”, “chuta la pelota”, “¡le has dado a la pelota!”, etc. También aprovecharemos cualquier otra oportunidad de aprendizaje incidental y contextualizada para volver a utilizar la palabra: hablaremos de la pelota si en un cuento aparece; llamaremos la atención del niño sobre las pelotas que veamos en un centro comercial; jugaremos con pelotas de diferente tamaño y material. Todo esto contribuirá a generalizar rápidamente el aprendizaje de la palabra entrenada.

Cada rutina diaria es ideal para introducir y reiterar vocabulario específico de esa rutina. Por ejemplo:

- los momentos de vestirse y desvestirse serán ideales para introducir palabras referidas a partes del cuerpo, prendas de vestir o colores; así como preposiciones del tipo dentro/fuera; verbos (quitar/poner, sentarse/levantarse, abrochar/desabrochar...); adjetivos (largo/corto, bonito/feo...)
- los momentos de comida permiten la utilización de nombres de alimentos, utensilios para comer, sabores, verbos (comer, beber, cortar...), peticiones (quiero/no quiero, me gusta/no me gusta), adjetivos (vacío/lleño, frío/caliente, grande/pequeño, dulce/salado), situación en el espacio (al lado del tenedor, delante del vaso, encima de la mesa...), a la vez que favorecer la elección y autodeterminación (¿quieres plátano o pera?...)
- el momento de la compra permite introducir vocabulario referido al tipo de compra realizada (comida, ropa, utensilios de la casa...)
- el momento del baño, palabras relacionadas con partes del cuerpo, juguetes de la bañera, utensilios habituales (agua, espuma, jabón, toalla...), verbos (abrir/cerrar el grifo, frotar, limpiar, salpicar...), adjetivos (seco/mojado, frío/caliente, lleño/vacío...)

Todas estas rutinas, como cualquier otra, vemos que son especialmente útiles para introducir un vocabulario contextualizado, que puede ser reiterado cada vez que se repite la rutina. Además, permiten también trabajar la autonomía del niño, favoreciendo su participación activa, en la medida de sus posibilidades.

Debemos invitar a los padres que elijan alguna rutina para estimular el lenguaje y la autonomía del niño, pero quizá no todas a la vez. En cualquier caso, deben entender que la estimulación del lenguaje no es un “trabajo” a realizar una determinada hora al día. Lo importante es que integren una actitud comunicativa con el niño y un interés por fomentar la adquisición lingüística. Lo cual implementaremos en cualquier momento, a ser posible siempre que surja la ocasión, siempre a través del juego y aprovechando esas rutinas diarias.

Respeto de la producción del niño

Siempre respetaremos la producción verbal del niño, sin corregirle directamente. La corrección directa podría inhibirle, especialmente si es un niño tímido o inseguro. Por ello nos limitaremos a darle el modelo correcto (ver a continuación).

Igualmente, es importante seguir la iniciativa del niño, no intentar imponer nuestros intereses. Por ello, en cada momento, aprovecharemos la iniciativa del niño para estimular vocabulario sobre aquello que está centrando su atención en ese momento.

Modelo correcto

Aún en el caso de que el mensaje verbal del niño incluya un error, respetaremos su producción. Lo que si haremos será devolverle el mensaje que el niño nos ha transmitido, haciéndolo de una manera más elaborada o correcta. Por ejemplo, niño: “la niña se dormó...” adulto: “Ah, la niña se durmió”. De esta forma le damos el modelo correcto para futuras producciones, pero no hemos realizado una corrección directa que pueda intimidar o inhibir al niño.

Igualmente, si en su producción el niño utiliza palabras genéricas, sin corregirle directamente, le daremos el modelo correcto para que lo oiga. Por ejemplo, si el niño dice “esto”, señalando el osito de peluche, nuestra contestación sería del tipo “¿quieres el osito”? o “toma el osito” “¡Tu osito preferido!” mientras se lo das.

En las interacciones verbales con el niño el adulto siempre deberá dar el modelo correcto. Procuraremos llamar a las personas, objetos y acciones por su nombre, intentando no utilizar palabras o frases genéricas: “Apaga la tele” mejor que “apaga eso”.

El adulto debe evitar el uso de palabras incorrectas que a veces encontramos en la producción infantil: “un guau-guau”, “un miau”. En nuestras interacciones con el niño debemos utilizar llamar siempre las cosas por su nombre.

Preguntas y frases orientadas a facilitar la respuesta y la producción verbal del niño:

Utilizaremos nuestro lenguaje para invitar o ayudar al niño a dar las respuestas que queremos. Tenemos para ello varios recursos:

- Preguntas orientadas. Utilizar preguntas que dan opciones y obligan a una respuesta: “¿quieres jugar o ver la tele?”
- Preguntas reto, que inviten a pensar más: “en el cuento ¿qué están hablando estos niños?”; “¿cómo crees tú que funciona esto?”
- Dar pistas si no le sale la palabra: por ejemplo, la primera o primeras sílabas, invitándolo a que él diga la última sílaba de la palabra (encadenamiento hacia atrás)
- Empieza la frase, para que el la acabe: “Hoy comemos carne con ...”
- Evitar preguntas o demandas que bloqueen al niño: “Dime qué es esto”
- Evitar preguntas que incluyan la respuesta: “¿quieres ver la tele?”
- Escucha activa, mostrar interés por saber más (¿qué pasó luego? ¿qué más?)

Estas estrategias de preguntas y frases orientadas las utilizaremos también con el adulto, especialmente en prácticas centradas en la familia. Utilizaremos el lenguaje para darle pistas al adulto, las cuales le ayuden a reflexionar sobre posibles soluciones a los problemas que tengamos planteados.

Estimular la expresión verbal:

Generar sorpresa: Una estrategia para estimular el habla del niño puede ser darle una respuesta claramente falsa, que le invite a contestar y corregirnos. Si le estamos preguntando “¿cómo te llamas?” y no nos responde, podemos decirle “¿has dicho Carlitos?”

Pedir aclaración sobre el mensaje emitido. Niño: “La niña se ‘dormó’”; Adulto “¿Qué has dicho?”. Con nuestra pregunta damos al niño la oportunidad de rectificar, de esforzarse por decirlo mejor, a la vez que le invitamos a que aumente su expresión verbal.

Cuestionar la expresión verbal incorrecta del niño. Con ello podemos hacer que se de cuenta del error y el sólo corrija la expresión: Niño: “La niña se ‘dormó’”, Adulto “¿Se dormó?”

Incorporar el enunciado del niño a otro más completo: Adulto: “El niño salió corriendo, huyendo del perro”; Niño: “Guau, guau”; Adulto: “El niño salió corriendo, huyendo del perro que ladraba muy fuerte. Guau, guau”

Escucha activa

Igual que con los adultos, siempre es interesante que el niño sepa que le prestamos atención y que nos importa lo que nos comunica. Para ello, una estrategia puede ser repetir lo que el niño ha dicho, para que vea que le hemos entendido (niño: “la niña se durmió...” adulto: “Ah, la niña se durmió”).

También podemos realizar extensiones sobre el mensaje que nos transmite el niño, invitándolo a la ampliación (“pero ¿dónde se durmió?”).

Igualmente, podemos mejorar y ampliar la estructura del enunciado del niño, e incluso aprovechar para centrar su atención sobre nuevos conceptos que puede adquirir. Por ejemplo: niño: “pelota nene...” Adulto: “si, esta es la pelota del nene...” “Sí, la pelota es redonda”.

Ampliar la información para facilitar la comprensión

Cuando el niño no entiende un mensaje inicial, podemos utilizar extensiones sobre ese mismo mensaje, para incluir más información que le pueda facilitar el entender lo que le decimos o pedimos: Adulto: “Dame el mando”; y si el niño parece no entender, insistimos con una nueva frase: “Dame el mando de la televisión”

Recomendación de cita de este trabajo:

García-Sánchez, F. A. (1 de enero de 2020). Estrategias psicopedagógicas de utilidad en Atención Temprana. Sitio web Atención Temprana centrada en la familia: https://www.um.es/qdiversidad/at_scf/documentacion-de-interes.html
Disponible en https://webs.um.es/fags/at_scf/estrategias_psicoped.pdf